

Liborio Simonella

Adiós a una gran figura de la lírica
El sábado murió el tenor cordobés

lanacion.com|Espectáculos

Jueves 12 de julio de 2007 | Publicado en edición impresa

Fuente <http://www.lanacion.com.ar/924850-adios-a-una-gran-figura-de-la-lirica> (julio 2014)



Liborio Simonella fue un ser humano de admirable sencillez y al mismo tiempo un apasionado del canto y de las tablas. Cada vez que fue invitado a participar en un espectáculo lírico su mirada era un espejo de alegría incontenible y de infinito placer; jamás con algún indicio de jactancia. Una entrega profesional noble, sincera y silenciosa.

Desde aquella primera vez que pisó el escenario del Teatro Colón para intervenir en *Le villi*, de Puccini, último título de la temporada de 1967, su vibrante voz provocó un impacto entre los melómanos. Esa actuación, junto con la gran soprano Matilde De Lupka, con la batuta de Juan Emilio Martini y puesta de Martín Eisler, marcó el comienzo de una relación peculiar del tenor cordobés con la sala.

En efecto, a partir de ese episodio que lo hizo feliz, Liborio Simonella quedó vinculado al círculo de los cantantes nacionales de primer nivel que podían enfrentar con éxito cantos heroicos y comprometidos. Entonces fue natural verlo como Radames, en *Aida*, de Verdi, reemplazando a un tenor italiano que canceló su compromiso minutos antes de subir al avión, o en personajes tan disímiles como Don José, Otello, Chenier, Mario, Rodolfo o Turiddu. Tampoco fue de extrañar su capacidad para el estudio de obras nacionales. Ahí están en el recuerdo sus intervenciones en *Medea*, de Guidi-Drei; *Ollantay*, de Gaito; *Bodas de sangre*, de Castro, y *El matrero*, de Boero, que amó tanto.

Si bien Simonella no se destacó por el dominio de una escuela de canto pulida, con su ardorosa forma de expresión y su natural porte en el escenario lograba interpretaciones veraces y provocadoras de admiración y gratitud. Liborio Simonella alcanzó la cumbre de su arte con dos personajes contrapuestos pero eminentemente teatrales, como el Príncipe Golitzin, en *Khovanchina*, de Mussorgsky, y Marcello, de *La bohème*, pero no de Puccini, sino en la de Leoncavallo, que al personaje lo hizo tenor en contraposición a Rodolfo, con una gran exigencia como actor.